

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 pts
Suscripción: España un trimestre	1'00 »
» Extranjero »	1'50 »

LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA

Causa grima el observar la pobre mentalidad, la pequeñez de espíritu, la carencia de sentido común de estas gentes que se llaman y se empeñan en ser clases directoras.

Todo se les vuelve en dar vueltas a la idea de que ante los atropellos que se cometen en España, ante la desigualdad con que se aplica el rigor de las leyes, pidan las víctimas de la reacción el apoyo de los que en tantas ocasiones han protestado de lo que compasivamente se llama en el extranjero «cosas de España».

Y se escandalizan de que se pida este apoyo los que constantemente están dando pruebas de extranjerismo en su lenguaje, en su indumentaria y hasta en sus costumbres; aquellos que en su egoísmo insaciable esconden sus capitales en los sótanos de los Bancos, hasta el extremo de que sin el dinero de los extranjeros apenas si en España habría ferrocarriles, ni tranvías eléctricos, ni minas en explotación y gran número de industrias aun serían aquí desconocidas.

No quieren que se pida el apoyo internacional para que cese el estado de persecución contra lo que tiene carácter progresivo y de justicia, precisamente los que siempre han mendigado el apoyo de la fuerza extranjera para sostener en España instituciones que no eran del agrado del pueblo.

Si no quieren que se llegue a ese extremo, que obren como exigen las corrientes modernas de los pueblos, y que por lo menos, ya que no con el espíritu de justicia que nosotros propagamos, por lo menos con el que corresponde a la significación de demócrata con que pretende adornarse el jefe del gobierno español. De no obrar así, no ya los anarquistas, que no podemos estar conforme con el actual orden de cosas, sino hasta los que amoldándose a él tienen alguna noción de libertad, protestarán contra tanto atropello.

Ninguna nación puede retroceder en su camino hacia el reconocimiento del derecho humano, sin que tropiece con la intervención de la conciencia mundial, que en virtud de la cada día más estrecha solidaridad de los pueblos, fiscaliza lo que ocurre en todas las naciones e impide, en lo posi-

ble, la consumación de actos que abochoran a la especie humana.

Tanto como en Francia se comentó en los demás países el proceso de Dreyfus. De todas partes, incluso de España, se dirigieron mensajes al zar de Rusia cuando procesaron a Máximo Gorki. Sin el temor a la protesta mundial, León Tolstoi hubiera muerto acibillado por las balas del autócrata ruso. Cuando Inglaterra se apoderó del Transval y de Orange tuvo también enfrente a la opinión internacional, y actualmente por todas partes califican de pirata a Italia porque sin más razón que la que imponen sus acorazados se ha apoderado de Trípoli.

España no puede ser una excepción. Las tremendas torpezas de sus gobernantes provocan en el exterior corrientes de protesta, que nosotros aceptamos, ó mejor dicho, reclamamos.

¿Es que se han creído que hemos de permanecer resignados ante la prolongada prisión de nuestros compañeros en las cárceles de España? ¿Hemos de dejar que el mundo entero ignore que en Barcelona las autoridades dan todo género de explicaciones, hasta por teléfono para que éstas sean más rápidas, a los estudiantes que agredieron a la guardia civil y a los guardias de seguridad, mientras en la Cárcel Modelo llevan cerca de tres meses 35 trabajadores, a alguno de los cuales no se le ha concretado ningún cargo?

Mientras esto ocurra, mientras en las alturas exista el odio y la persecución hacia los que debieran ser dignos de todo respeto, por ser los productores de toda la riqueza social; mientras esto ocurra, repetimos, adlaremos a la conciencia universal, que, afortunadamente, no es la conciencia de España.

Y los hombres de conciencia no corrompida, los que aun dentro del medio ambiente social en que viven, conservan alguna ligera noción de justicia, responderán a nuestro llamamiento, como respondieron cuando lo de Montjuich, y cuando la represión, menos hipócrita que la actual, por los sucesos de julio.

Y la justicia se impondrá, porque la humanidad avanza, aunque los gobernantes españoles crean lo contrario.

Un Congreso Nacional de la Libertad

La burguesía republicana intenta realizar un acto importante: dirá que, en previsión de un próximo triunfo, quiere tener material intelectual adelantado para, cuando llegue el caso, no hacer más que coser y cantar.

El intento, si tal fuera el pensamiento impulsor, sería plausible.

Parece que el Congreso Eucarístico celebrado en Madrid, representación del pasado, inspiró la idea de celebrar un Congreso de la Libertad en Barcelona, representante del futuro.

Y aquí surge mi duda: si esa iniciativa se fundara en un sentimiento de noble oposición de digna rebeldía contra todo lo reconocido injusto, decrépito, convencional é hipócrita que se manifestó en el acto pasado, sería magnífico; pero veo la lista de temas que serán objeto de deliberación en esa magna asamblea que se prepara, y me parece que la burguesía española no se manifiesta a la altura de las circunstancias.

Ocho temas, previamente encomendados a ocho ponentes, serán objeto de las deliberaciones del proyectado Congreso; ninguno abre vía progresiva, en ninguno brilla aquella valiente y atrevida originalidad precursora de una solución de justicia, de paz y de amor regeneradora de la sociedad humana; todos ellos se dirigen a pedir leyes al Estado, es decir, a pasar sobre, ya que no a negar, la inmanencia del derecho individual, anterior y superior a toda ley, y a pedir justicia a la institución esencialmente injusta, a la legalizadora del privilegio, a la causante y perpetuadora del despojo de los desheredados.

Sin contar que los temas indicados son viejos y han producido ya raudales de elocuencia, sabiduría y charlatanería en la prensa y en la tribuna, hasta el punto de que apenas hay lector y hasta analfabeto mayor de edad que no sepan a qué atenerse sobre los tales temas, que versan sobre la pena de muerte, el sistema penitenciario, las leyes excepcionales, la separación (por que no supresión) del Estado y de la Iglesia, el divorcio, los derechos femeninos, la invalidez del trabajador y la enseñanza racionalista.

Sólo una novedad se observa en esos temas: el adjetivo racionalista aplicado a la enseñanza; pero no me seduce la novedad: tengo por seguro que bajo la palabra subrayada se oculta

ante aquellos señores capitalistas y propietarios que el Código «presume que hacen todas las obras, siembras y plantaciones», por muchos que sean «los frutos naturales, los frutos industriales que convertidos en frutos civiles.» (lenguaje jurídico) extraigan de la explotación, de la sisa, de la usura, del negocio, de la compra y venta y demás medios usuales y legales de usurpar la riqueza social.

Desde ahora me atrevo a asegurar que cuanto escriban los ponentes de esos temas que han de presentarse al Congreso, aunque todos ellos de nombre famoso como Alomar Salillas, Melquiades Alvarez, Morayta, Morote, Señora López de Ayala, Antich y Giner de los Rios, escrito en la calma de un gabinete y con tiempo sobrado, no valdrá la milésima parte de este pensamiento: «Todos los hombres nacen y permanecen libres é iguales en derechos», consignado en el artículo 1.º de la Declaración de los Derechos del Hombre y es crito durante la efervescencia revolucionaria, la guerra civil y la coalición europea; ni de este otro: «No hay derechos sin deberes, ni deberes sin derechos», tema glorioso de La Internacional, que agita hace ya más de medio siglo al proletariado mundial, sin distinción de color, creencia ni nacionalidad.

¡Ojalá me equivoque; pero de ese Congreso de la Libertad no espero más resultado que unas cuantas latas verbalistas más añadidas a las innumerables a que nuestros políticos nos tienen acostumbrados, y el suministro de algunos párrafos que arrojar al rostro de futuros inconsecuentes, semejantes a los que cada día aparecen actualmente en los diarios de oposición con la firma de Canalejas.

No da más de sí el liberalismo de nuestra burguesía democrática.

¡Ah!... Y que en el probable fracaso de ese Congreso Liberal, comparado con el oropel del que fué Congreso Eucarístico, no funden ilusiones los sacristanes, porque el triunfo del porvenir se anuncia ya en Méjico por trabajadores que no rezan, no votan, no cobran salario ni pagan tributos, sino que manejan el azadón y el arado con el fusil a la espalda al grito de ¡Tierra y Libertad!

ANSELMO LORENZO

El Casino

¿Sabéis lo que es el Casino? Tal vez sí, tal vez no. Tal vez muchos se figuren que el Casino es un Centro de honesto recreo, de labor educadora, de distracciones inocentes; un sitio donde se cultivan amistades, se ventilan negocios lícitos, se hace alarde de la más exquisita educación, se procura en fin, la mayor suma de bienestar de los que lo componen, sin perjuicio de un tercero: antes al contrario, favoreciendo al que de favor necesita é implora el suyo, aunque el solicitante no pertenezca a la comunidad social.

Esta es la bella leyenda que del Casino habéis forjado? ¿Queda vuestra conciencia satisfecha al juzgar así a la toxica institución? Si? Pues voy a emprender la tarea ingrata de desencantaros, de haceros perder vuestras ilusiones bellas; de introducir al menos la duda; una duda muy saludable, en vuestros corazones sencillos, en vuestras almas inexpertas.

El Casino no es eso; no, es mucho menos que eso; es la antítesis completa, el reverso de la hermosa medalla cuyo dibujo arriba os trazo. El Casino es garito tabuneco; taberna inmundada; prostíbulo infame; anfiteatro asqueroso; inquisición infamante; tenebroso tribunal veneciano; centro infernal de toda clase de infamias, excesos y liviandades; eso es el Casino.

Y en él, para justificar tan envidiables títulos, se juega, con el dinero la honra; se atrofia, con el cerebro, los sentidos todos; se adulteran ó se secan los sentimientos más elevados; se diseccionan las honras, las reputaciones ajenas y contrarias mejor cimentadas; se inquina se disfraza y se infama la conducta del hombre noble que piensa, estudia y fustiga las herejías sociales; se espía, se juzga, se condena y se ejecuta, en la sombra, siempre en la sombra, al intrépido, al osado ó al insensato que lanza el grito de alerta, ó ¡el alto ya! salvador, contra el infernal maremagnum; esto es el Casino.

A sus puertas anacrónicas quedan honra, dignidad, vejez; en su interior plutónico, las orgías báquicas, los festivos herodianos, las neronianas artes, los modernos complots policíacos reinan con terrorífico imperio en todo su espeluznante esplendor.

Su poder es asombroso, inmenso, omnipotente; su hipocresía unívoca, refinada, perfecta; sus medios de acción, grandes, completos, universales. Sus componentes, son heterogéneos; pero así como las moléculas forman el átomo, los átomos el cuerpo, y los cuerpos diversos el maravilloso conjunto llamado universo, las piezas del Casino forman un todo perfectamente homogéneo, perfectamente unido, perfectamente armónico; una máquina infernal, compleja de maravillosa y matemática perfección.

No está compuesta en todo de seres privilegiados por su talento, ni siquiera por la educación. No son tampoco seres desconocidos, cuya vida y circunstancias ignoremos y que no inspiren el respeto, ó al menos la duda, que siempre inspira lo desconocido. Nada de esto ocurre; el secreto de ese poderío colosal, que está ahí, está en su propia diversidad que recorre toda la escala de la igualdad humana; está en los infinitos medios de que dispone,

arteros todos, y que emplea según los casos, y según las circunstancias, y en el grado y medida que su maldad les sugiere.

Porque el Casino es el representante de la Autoridad grave y tieso como su bastón con borlas ante la ley que dice representar; es el cacique que os sonríe en vísperas de elecciones, y os vende, os infama y os estruja en todas las demás épocas; es el juez, representante de la justicia histórica, que es suma de todas las injusticias; el cura que os hace mirar al cielo prometiéndos bienandanzas celestiales en otra vida mejor, mientras él conquista bienes en la tierra y goza sibaríticamente de todas sus delicias; es el maestro que atiborra de doctrinas muertas vuestros cerebros y los de vuestros hijos haciéndoles cobardes, hipócritas, embusteros y pusilánimes; es el filántropo que a nombre de una caridad maldita contribuye a perpetuar vuestra esclavitud económica, arrojándoos la piltrafa con que sostenéis vuestra vida miserable; es el letrado que os lanza en el fúrrago tremendo de las leyes y de los códigos, vendiéndoos infamias por justicia, es el calavera desalmado que merodea vuestro hogar en las sombras de la noche para arrancaros con la honra de vuestras hijas jirones de vuestra alma, es el médico, que al confiarle la salud de vuestro cuerpo os arranca criminal é impunemente la vida; es el mercader que explota vuestro sudor engañándoos villanamente en el peso y en la medida; es el industrial que adultera los productos con que os alimentáis, envenenándoos; es el burgués, motor de esa máquina, sostén de esa infernal barabunda que os embrutece, que os aniquila y que os mata; es el hipócrita descreído que quema incienso en el altar de los dolos, mientras comercia con los que llama santos principios que informan su religión; son, en fin, los que todo lo pueden, porque en ellos reside la fuerza bruta, esa fuerza invencible, y que repele toda idea generosa, toda idea justiciera, toda idea humanitaria; ese es el Casino.

Y en medio de ese baje mundo, de ese mundo de oropel y cieno, se agita otro mundo más bajo, más despreciable aún; el del obrero de generoso, el del obrero maldito, que, si lo encontramos convertido en bufón, capaz es de dejarse castrar si con ello puede provocar la risa de los señores, si en matón, asesinará, seguramente, a su padre, al más leve gesto del amo que le desprecia; si en chulo ó en espolique, dispuesto se halla a ofrecer la honra ajena, y aun la suya propia por satisfacer los brutales deseos del asqueroso señorito; si en alcahute marica, venderá vuestros secretos con el aditamento de sus infames imposturas.

por una caricia perruna; si en policía sinvergüenza, truhán y desalmado espiará vuestros pasos, estudiará vuestras costumbres inventará infamias que os conducirán al destierro, al presidio ó al patíbulo. Eso es el Casino; parecerá la pintura un poco viva el cuadro un tanto recargado; creereis tal vez que el fanatismo de secta, de creencias ó de principios, me lleve a la exageración, que siempre es funesta; pero no, observad, analizad estudiad, comprobad, y vereis que ese mundo pequeño, reducido al estrecho molde de una sociedad, de un círculo ó de un club es reflejo fidelísimo, retrato arrancado al original de esta sociedad grande que tiene sus cimientos en el robo en la hipocresía, en la inmoralidad, en el engaño, en la calumnia, en la intriga en la cobardía, en la prostitución, en el escándalo, en el crimen, en sus infinitas manifestaciones, ayudado todo ello, poderosamente, por los medios civilizadores que en todo tiempo ha empleado el país de Torquemada, de Isabel y de Felipe, el tormento, la metralla, el presidio... el garrote, y el fusilamiento maldito.

Este es el Casino en España y esta es la España del Casino.

JOSÉ ARRANZ

Jefe de la Frontera.

La cuestión social

considerada como lucha de clases esencialmente económica é internacional.

(Conclusión).

Lo que da a la cuestión social un aspecto complejo y cerrado, es el carácter internacional de la vida presente, que impide a los pueblos civilizados que se desenvuelvan en una dirección más acentuadamente comunista.

Nuestra civilización es producto del trabajo internacional; son productos internacionales los que hasta en los pueblos más pequeños componen el alimento, el vestido, los utensilios caseros.

Considerado superficialmente ese fenómeno, parece poco característico de la producción capitalista. Desde el instante en que un pueblo cualquiera muestra cierto grado de civilización, el comercio con otros pueblos da un sello más ó menos internacional a la vida popular.

Los antiguos fenicios importaban ya el ámbar, marfil y toda clase de especies de otras partes del mundo; las embarcaciones atracaban lo mismo en las costas occidentales de Europa que en las riberas del Africa. Antes de que se pudiera ir por mar a las Indias occidentales, las caravanas transportaban ya por tierra los productos de Oriente, lo mismo que las naves de Venecia y Génova los transportaban a los distintos países de Europa. Pero este comercio se circunscribía a algunas ciudades y pueblos particulares.

Hoy a principios del siglo XX, la vida social de los pueblos se ha hecho esencialmente internacional.

En ninguna época de la historia encontramos ese carácter internacional tan profundamente arraigado en los hábitos y las costumbres como en la época presente. La maquinaria ha desarrollado ese fenómeno.

He ahí como:

El capitalista ha debido desplegar todos sus esfuerzos para mantenerse en la lucha industrial que la libre concurrencia establece. Ha debido aumentar y mejorar su capital constantemente (biques, maquinaria, etc.), economizar de todas maneras las materias primas y secundarias de su industria, intentar la rebaja de su capital variable (salarios), aun aumentando los brazos, parándose para ello allí donde ha sido posible la vida del asalariado sin producir la rebeldía é interrumpir la marcha de la producción.

En los países más adecuados, para acelerar esa concentración de fuerzas y aumentar las ganancias, los capitalistas se han asociado para la explotación de cada rama de la industria ó del comercio. Así se han formado los sindicatos de contratistas ó de los trusts, que han constituido los acaparadores de la industria ó del comercio y esa concentración crea entre los pueblos nuevas necesidades, que a su vez desarrollan nuevas industrias. La necesidad de andar mucho en poco tiempo, ha creado el tranvía a vapor y el tranvía eléctrico al lado de los omnibus y de los coches. Así ha crecido infinitamente en todos los países el número de las vías férreas y de las líneas de navegación.

A las nuevas necesidades corresponden nuevos procedimientos que hacen penetrar hasta en las familias menos acomodadas la luz del gas en vez de la lámpara de petróleo; nuevos alimentos como el cacao, al presente tan necesario como los fósforos. La facilidad de la reproducción pone al alcance de la gran masa los grabados, los dibujos y las revistas ilustradas, y al mismo tiempo que surgen necesidades, hasta ahora desconocidas, nuevos mercados se abren para el comercio.

El desarrollo del capitalismo en los países industriales más avanzados excita a los contratistas de otras comarcas a seguir el ejemplo. Francia, Alemania, y últimamente el Japón han tomado posiciones excelentes, después de Inglaterra y los Estados Unidos, en la producción por el mercado mundial, é inundan de productos agrícolas é industriales, todas las comarcas del mundo en una escala desconocida hasta ahora.

Por otra parte, los comerciantes establecidos en las distintas colonias, sacan de los moros indígenas, mucho menos adelantados en trabajo, mejores mercados, empezando por proveer las necesidades de la población de las mismas comarcas y luego los pedidos del mercado internacional. Así es como fundaron las filaturas y los tejidos a vapor en la India de esta parte del Ganges, los talleres de carruajes y de vagones en Java y en el Sud de Africa. Transportaron, una después de otra, las industrias en las diversas comarcas que proveen directamente las primeras materias que necesitan.

Al lado de los países industriales de Europa, de la América del Norte y de la Australia, toman sitio, ante todo, las Indias; el Africa del Sur, diversos países de la América del Sur, principalmente el Brasil, echando al mercado existencias siempre más numerosas.

A medida que la cuestión social se internacionaliza, a medida que la política del gran poderío militar y naval toma por objeto casi único colonizar las vastas comarcas de Asia, Africa, América y Australia para abrir nuevos mercados a los grandes capitalistas, la cuestión de saber qué ruta seguirá la civilización moderna, se hace cada día más complicada y más difícil de resolver.

Nosotros creemos que los pueblos modernos serán conducidos por el progreso social a una sociedad comunista, que es lo único que podrá garantizar a todos los miembros un bienestar mucho mayor que el presente y una libertad que no puede compararse con la que hoy gozamos.

Por la fuerza de las cosas, es decir, por su propio egoísmo, los hombres llegarán a una organización social en la que los medios de existencia, suelo, fábricas, máquinas, herramientas, talleres y almacenes, medios de transporte y de comunicación, así como todos los objetos de consumo, serán propiedad de todos los hombres. Correlativamente y hasta necesariamente se verá ensanchar la autonomía de las poblaciones, de las regiones, de los municipios de cada país, así como los obreros de los campos, de las fábricas y de los talleres irán comprendiendo la posibilidad de organizar ellos mismos todos sus trabajos. La labor de esta sociedad comunista del porvenir, será desarrollar y asegurar el bienestar y la libertad de cada individuo en su más alto grado sin poner obstáculos al bienestar ó sin violar la libertad de los demás.

Ese desenvolvimiento general de la humanidad en una dirección comunista se manifiesta desde luego como una cuestión internacional, pero no en todas partes adquiere la misma intensidad ni necesitará el mismo tiempo para resolverse. La solución general exigirá seguramente el esfuerzo de algunas generaciones humanas.

En Australia, América del Norte é Inglate-